



ANTICLERICALISMO POPULAR

La voz del pueblo se ha dicho que es la voz de Dios, porque en el trasfondo popular hay algo que es mensaje cierto —aunque esté más o menos envuelto en discutible cáscara— que tenemos que escuchar todos.

Los sacerdotes conservadores —cada vez menos en número— permanecen todavía aferrados a sus modelos de pensar desfasados ya desde hace tiempo; los rutinarios —o por desaliento o por conformismo— se quedan cada vez más lejos de las nuevas generaciones, y los progresivos inventan —con la mejor voluntad— nuevos métodos, remedo de la propaganda profana o de sutiles procedimientos psicológicos, que o no sintonizan con la realidad del hombre que queremos desarrollar o desprecian de hecho —de parecida forma a la presión ejercida por la televisión, radio, periódico o cine contemporáneos— a la persona humana.

Por eso, la verdad es que cuando el pueblo se muestra anticlerical, aunque el punto de mira lo dirija a algún detalle confuso o discutible, da esencialmente en el blanco.

Porque existe un necesario anticlericalismo dentro del catolicismo: el de luchar contra el clasismo clerical —retrógrado o avanzado, de derechas o de izquierdas—. Porque lo malo del sacerdote —confesémoslo claramente— es precisamente este clericalismo, o sea, la influencia ejercida por un grupo que se constituye como algo apartado del pueblo corriente y que pretende acercarse a él dominándolo con el látigo en la mano del infierno o de la excomunión, como se hacía antes, y ahora, gracias a Dios, cada vez se hace menos; o con la actitud más o menos rebelde y tensa, como se suele hacer ahora cada vez más. El sacerdote no debe tener, sin embargo, en su mano ninguna fuerza temporal, sino transmitir —de palabra y con los hechos— las sencillas palabras del Evangelio, sacrificando otras muchas cosas legítimas, pero que estorban a su mensaje, porque lo hacen confuso a los ojos de los demás.

Las anécdotas que corrian —y todavía corren— por los labios de la gente, y que en seguida se apresuran los timoratos a censurar o a ocultar, eran —y son— a veces demagógicas ciertamente; pero entrañaban, y entrañan, un signo que no está desprovisto de sentido ni mucho menos. Me acuerdo de aquel sacerdote sencillo de un pueblo, donde vivía una comunidad de franciscanos, que los criticaba porque algunos de ellos —a pesar del voto de pobreza tan estricto de su fundador— llevaban camisa de seda. O de ese arcipreste que, cuando viene a la capital, alquila una «suite» en un hotel de lujo que le cuesta tres mil pesetas cada noche, y es el escándalo de los camareros y de todo el servicio. O de esa curia eclesiástica que todavía comina a un religioso, excelente y seguro teólogo, para que se someta a examen de un juez conservador y que le pregunte acerca de lo que piensa sobre los ángeles o los cuerpos gloriosos que están en el cielo, para comprobar después de oído si cae en algún error. O de ese alto eclesiástico de ideas retrógradas que me decía hace cinco años que ya el Concilio no podía imponer ningún cambio sustancial en la enseñanza católica; él se sentía muy tranquilo haciendo lo mismo que hacía antes de ocurrir esta gran Asamblea, puesto que —me decía él mismo— había sido siempre un buen cumplidor de las estructuras inmutables de la Iglesia y —por eso— nada tenía que cambiar, modificar ni adaptar.

Sí, en el pueblo español sigue existiendo —gracias a Dios— una veta de anticlericalismo, que no es negativa si se entiende y encausa bien, y que es el necesario revulsivo que liberará de esas ideas y actitudes que apartan al sacerdote de la vida, creyendo, sin embargo, éste —con inocente juicio— que le acercan a la gente o que le hacen ser más respetado por el creyente sencillo, y resulta todo lo contrario.

Hace unos días tuve un testimonio fehaciente de lo que digo.

Dos sacerdotes amigos han hecho este año un ensayo nuevo de vida de trabajo: se enrolaron como camareros en un hotel, y —por primera vez— han empezado a comprender tres cosas bien importantes: 1.ª) que su género de vida clerical y su

manera de pensar formada en un seminario les habían alejado casi irremediablemente de la gente trabajadora que constituye el trasfondo de un hotel; 2.ª) que carecían de un lenguaje adecuado para establecer comunicación con este mundo humano corriente y así conocer sus problemas, y 3.ª) que las doctrinas religiosas de los libros apenas tenían empleo en su nuevo género de vida, porque quienes únicamente daban testimonio eran los cristianos que pretenden ser humanos con los demás sin ulteriores miras y que para nada emplean recetas de teología progresista ni de ningún otro género.

Esos testigos del cristianismo son una católica que, aburrida de tanto formalismo inhumano y tanta disciplina exterior, había dejado hace tiempo la práctica religiosa y todo contacto con el clero, y también dos chicas jóvenes protestantes, que son profundamente responsables y sin afán proselitista directo. Esas son las únicas personas que marcan una influencia cristiana en el hotel.

Me acordaba al oír esto de los caminos inconformistas —y bien poco oficiales— de acercarse al cristianismo, como lo fue la conversión a un catolicismo abierto del nieto de Ernesto Renan mientras leía la agnóstica y arreligiosa *Vida de Jesús* escrita por su abuelo. O del ejemplo de comprensión de la esencia del Evangelio que dio el escritor católico Péguy, el cual estaba irregularmente casado desde el punto de vista canónico, y que por respetar a su mujer —una atea— no lo regularizó nunca. O las conversiones de múltiples intelectuales que produjo el fanático «anarquista» católico León Bloy, cuya violencia no la ejerció nunca con hechos temporales, sino con palabras religiosas contra los melindrosos y elegantes abates franceses y sus vaporousas doctrinas idealistas.

Hace bien poco me decía también un ex sacerdote católico que cada vez entendía menos a las órdenes religiosas. Y que lo que debían hacer era convertirse en unas agrupaciones «hippies», que serían hoy lo más parecido a lo que pretendieron hace siete siglos los pacíficos pero sinceros seguidores de San Francisco. Como lo fue aquel fraile que, después de llevar una vida de pobreza extrema, admiraba a dos cardenales romanos que fueron a curiosear la vida de los primitivos franciscanos, besándoles los pies y las orlas de sus costosos vestidos al tiempo que les decía: «Qué profundos cristianos debéis ser para poder ir tan lujosamente ataviados y no estar apegados al lujo».

Nuestros pensamientos —los que nos imbuó el catolicismo oficial y conservador de otros tiempos— no son los pensamientos de Dios. Hace veinticinco siglos lo decía ya, con esas mismas palabras, el profeta Isaías: «Mis caminos —dice Yavé— no son vuestros caminos, ni mis pensamientos los vuestros».

Por eso en esas personas, que no se creen ni apóstoles ni santos, es donde reviven los valores básicos del cristianismo como son la libertad, la conciencia, la responsabilidad, la cooperación y el afán de justicia universal, y allí es donde precisamente está Jesús, el fundador del cristianismo, aunque sea de incógnito, pero de un modo más real que en una representación oficial.

Y, en cambio, donde todo se reviste de triunfalismo religioso —conservador o progresista— está sólo el limitado y estrecho mirar del egoísmo humano, que pretende salvar salvándose él, y no, por el contrario, salvarse salvando a los demás de su estado de opresión material, psicológico o moral, así como de la injusticia humana, existan donde existan.

¿Y quién se atrevería a negar que esta situación triunfalista equivocada está más extendida en el mundo actual de lo que a primera vista parece? Porque todavía abundan demasiado los «santones», lo mismo moderados que progresistas, y con ellos querría terminar este clamor popular anticlerical.

La voz del pueblo, manifestada en las reacciones elementales de la gente que trabaja, que se angustia y que apenas tiene tiempo para vivir, es la fina voz de Dios, que no queremos escuchar porque se encuentra ahogada por nuestra cultura religiosa o profana superficial, de verdaderos «snobs».